

LA GUERRA CARLISTA

Ya sabía que llegaban refuerzos para los republicanos. Mandó esperar al confidente, y entró en la rectoral. Cerrado á solas en una sala blanca con tarima lustrosa, comenzó á pasearse. Aún estaba intacta la cama que la madre del vicario le había mullido el día antes de la toma de Otain. Santa Cruz recapacitaba á media voz:

—Voy, los espero... Se retiran escarmetados... Ya estoy de vuelta y hago volar á éstos... Que sale mal, pues el monte conmigo... ¡Y me olvidaba de la justicia que hay que hacer en la vieja de Redin!

Abrió bostezando la boca grande, y tan bermeja, que parecía hilar sangre por la barba encendida, y fué á descabezar un sueño en la cama que le esperaba hacia dos noches.



VII

El cabecilla hizo un sueño ligero. Por la calle, bajo sus ventanas, pasaba un tumulto regocijado. El tamboril y la gaita tocaban en desacuerdo, y se trenzaban sus sonos con fantasía grotesca. Santa Cruz, de una gran voz, llamó á los voluntarios de su guardia, siempre en centinela mientras dormía. Los sintió venir desde el fondo del corredor:

—¿Qué pasa?

Los mozos tenían una ingenua alegría en los ojos:

LA GUERRA CARLISTA

—La sentencia del Consejo, Don Manuel.

Seguía el son desacordado del tamboril con la gaita y el clamor alegre de mujeres y niños. El Cura se asomó á la ventana. En la plaza, sobre el fondo rojo del ocaso, vió á una vieja que marchaba á la jineta en las ancas de un burro, con el tamborilero delante y el gaitero detrás. Iban por medio de un gran corro de gente, y las mujeres levantaban en alto á los niños. El cabecilla, sin volver la cabeza, interrogó á los de su guardia:

—¿Es la Marquesa de Redin?

—Sí, señor.

Se retiró de la ventana, entornados los ojos y el gesto de fatiga:

—¡Con que hay un Consejo que dicta sentencias!

Los mozos quedaron serios, mirándose á hur-

GERIFALTES DE ANTAÑO

to. Sentían la cólera del cabecilla en aquellas palabras pronunciadas á media voz. El Cura salió á la solana, donde había más voluntarios, y los miró á todos, pasando entre ellos. Llegado al otro testero, preguntó:

—¿Y el Secretario?

Respondió un mozo:

—¡Iré por él! En la bodega estaba.

Santa Cruz movió la cabeza y se fué en silencio, apoyándose en el palo con el aire hurraño de un mendigo. Llegó á la bodega y se detuvo en el umbral, á la escudriña del fondo oscuro. Tres viejos arrugados, con las calvas encendidas, estaban sentados en odres á la redonda del banco de la matanza, cubierto con una toalla de lino, para que pudiese servir de mesa. Y sobre aquellos manteles, á canto de un plato con rosquillas, templaba el jarro fresco y

LA GUERRA CARLISTA

talavereño. Los tres viejos reían contemplando el tumulto de la plaza, y por las bocas desdentadas se les escurría el vino. El Cura adelantó lentamente:

—¡Ave María Purísima!

Los viejos respondieron, levantándose, en coro:

—¡Sin pecado concebida!

Interrogó Santa Cruz con un temblor de toda la barba:

—¿Es el tribunal?

Los viejos le rodearon con los brazos abiertos:

—¡Ya tenemos aquí al gran partidario!

—¡Al que se ríe de todos los generales!

—¡El que vale más que el Rey!

El Cura dió un salto de gato y dejó caer su mano, redonda y blanca como un pan, sobre el hombro del Secretario:

GERIFALTES DE ANTAÑO

—¿Qué ha hecho usted?

El Secretario empezó á reír, y, poco á poco, doblándose bajo el peso de aquella mano, acabó por llorar:

—¡Perdón, ilustre caudillo!

—¿Qué ha hecho usted?

—¡Formé tribunal!

Y volvió á reír, haciendo una mueca á los otros viejos arrodillados en una gran mancha de vino, entre cachizas del jarro. Santa Cruz, con aquella astucia soñolienta que daba frío, miraba á los tres. Se oyó hablar á la madre del Vicario:

—¡Ay, me dejen cerrar la puerta! ¡Divino Jesús, qué vergüenza si los pudieran ver!

Era una señora alta y seca, con el pelo muy alisado, recogido sobre la nuca en un moñete como una nuez. Murmuró el cabecilla con la voz contrariada y apenada:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Cierre usted pronto, Doña Angelita!

El Secretario jadeaba bajo la mano del Cura:

—¡Ha sido condenada en toda regla, y se la hizo comparecer aquí para juzgarla!

Saltó uno de los viejos:

—¡Muy entera para las balas!

Y cantó el otro, moviendo la cabeza como el badajo de una campana:

—¡Qué balas ni qué castañas pilongas! ¡Qué balas ni qué castañas pilongas!

Detuvo la cabeza, y comenzó á hipar un sollozo largo, largo, que reventó como una ola. Pero entonces el otro viejo comienza á repetir:

—¡Castañas pilongas! ¡Castañas pilongas! ¡Castañas pilongas!

El Secretario temblaba como una res, bajo la mano del Cura:

—¡Ahora están calamucos, porque han be-

GERIFALTES DE ANTAÑO

bido! ¿Quién puede negarlo? Pero antes no lo estaban... ¿Quién puede negarlo?... Como se ponía la vieja tan entera pidiendo ser fusilada, pues vino sobajarle el orgullo... Pues fué decir ella vuelo muy alto, pues fué decirle ya te daremos plumas... Pues fué decir no temo las balas, porque soy la esposa de un héroe, pues fué nosotros el decir, castañas pilongas.

Se oyó la voz ronca de la madre del Vicario, que atendía á espaldas de Santa Cruz:

—¡Borrachos!

El Secretario, revolviéndose bajo la mano del cabecilla, gimió con una voz muy cortesana:

—¡Los que lo sean, los que lo sean, Doña Angelita!

Santa Cruz le sacudió con gran violencia:

—¡Alma de Faraón!

El otro se dobló, gritando:

LA GUERRA CARLISTA

—¡Todo el mal viene de las mujeres!... ¡Sin aquella sobrina mía, que vive en la Calle del Mercado Viejo!... Me trajo una orza de miel, y como al ir á catarla le hallé un sapo dentro, pues intacta la dejé. Tampoco quise regalarla, por ser el sapo un animal con ponzoña. ¡Y era una miel dorada!

Exclamó, enternecido, uno de los viejos:

—¡Cuando untamos el cuerpo de la acusada, parecía un caldero de cobre!

El Secretario le miró lleno de amor, y luego comenzó muy de prisa:

—Pues me vino la idea de mandarla emplumar. Era un castigo que divertía mucho á los antiguos...

Interrumpió la madre del Vicario:

—Y á los modernos. Yo lo he visto cien de veces en la otra guerra.

GERIFALTES DE ANTAÑO

—Había que aprovechar la miel regalo de mi sobrina... A la buena señora la dejamos con enaguillas por la decencia, y se le untó el cuerpo. ¡Si que parecía un monstruo! Se llevó en el pergamino una miel de regalo... Esta sobrina es hija de la mayor de mis hermanas, que fué para mí como una madre... ¡Si que parecía un caldero de cobre! En nada se faltó á la decencia. Como es muy vieja, la señora conserva muy pocos encantos, sin que yo, pobre de mí, le quite el ser Marquesa. Se la vistió con el plumaje de unas gallinas que matamos, y se la echó á volar sobre el borrico del aceitero. Es un castigo de los antiguos, que en sus sentencias cumplían siempre dos fines: Penar al malo y divertir al bueno... Pan y circo... ¡Pan de justicia!

Terminó de hablar con un gemido, porque el

LA GUERRA CARLISTA

cabecilla le empujó violento contra los otros dos, que permanecían arrodillados en la charca sangrienta del vino. Silencioso salió Santa Cruz de la bodega, la barba en el pecho, la mirada esquiva, y muy en lo alto del bordón, que le ayudaba á mesurar el paso, la mano blanca y pecosa, cubierta de un vello dorado. Fuera tocaba un aire el tamboril y otro el gaitero: Se trenzaban grotescos, como los zuecos de esos vejetes ladinos que en las fiestas de aldea rompen bailando el corro de las mozas.



VIII

El Cura abrió la ventana y miró al cielo. Apenas brillaban las estrellas. Estúvose quieto y meditando, con los ojos fijos en la sombra de los montes. Bajo la bóveda de la noche, todos los rumores parecían llenos de prestigio. El ladrido de los perros, el paso de las patrullas, el agua del río en las presas, eran voces religiosas y misteriosas, como esos anhelos ignotos que estremecen á las almas en su noche oscura. Y todas las cosas decían una verdad que los

LA GUERRA CARLISTA

hombres aún no saben entender. Las sombras y los rumores, las estrellas que se encienden y se apagan, las aguas de plata que las llevan en su fondo, los pasos que resuenan sobre la tierra, todo tenía una eternidad y una eficacia en el gran ritmo del mundo, donde nada se pierde, porque todo es la obra de Dios.

Pero aquel cabecilla que había dejado su iglesia para hacer la guerra á sangre y fuego, sólo veía en la noche la oscuridad propicia para sus sueños de batallas. Meditaba ir con su banda al encuentro de las tropas que venían sobre la villa. Temblaba antes de decidirse, y toda su alma se tendía en acecho, iluminada por un resplandor como el que tienen los gatos en los ojos. Era preciso levantar el cerco y salir en las tinieblas con tal sigilo que los sitiados no lo advirtiesen. Se decidió con un sentimiento

GERIFALTES DE ANTAÑO

torvo y lleno de recelo que le ponía un gran frío en las mejillas. Sólo dejó cien voluntarios, porque al alba del día hiciesen alarde ante el fuerte y entretuviesen á los sitiados con parlamentos para que se rindieran. Salió la partida en grupos de pocos hombres, tal que los del fuerte no pudiesen descubrir la línea oscura de la formación en el claro de la carretera. Santa Cruz, al salir de Otain, llevaba consigo, atados en cuerda, á los tres viejos. Cuando subía un alto del camino se detuvo y mandó detener á su gente:

—Muchachos, ya visteis la justicia que hice en los merinos de Otain. Fué por la ayuda que dieron á los republicanos cuando entraron en la villa. Si alguno lo ignoraba, ya lo sabe.

Los voluntarios respondieron á una:

—¡Conformes! ¡Conformes!

El cabecilla quedó un momento silencioso

LA GUERRA CARLISTA

ante el vocerío de la hueste tendida por el vericuetto del camino. Se fundía con el murmullo del hayedo la respiración de aquella banda de aldeanos. El Cura miró muy fijo á los tres viejos que llevaba en cuerda:

—Ahora cumple castigar á los que hicieron de una sentencia un carnaval. Burla de judíos, que inventaron el cetro de caña para escarnecer á Nuestro Señor Jesucristo. La Marquesa de Redín debía ser fusilada por traición, que nacida en esta tierra va contra los fueros y favorece á la República. Yo mandé darle un confesor, pero tres odres de vino la condenaron á pasear sobre un asno. ¿Qué se hace con ellos?

La banda respondió con un murmullo, y luego resonaron algunas voces escalonadas:

—¡Que castigue Don Manuel! ¡Que castigue Don Manuel!

GERIFALTES DE ANTAÑO

El Cura volvió lentamente la mirada á los tres viejos, y los reparó despacio. Luego, apoyadas las dos manos en el bordón, habló á la banda inmóvil ante él, bajo la luna naciente:

—También os digo que hasta hoy fué gente leal, con buenos servicios para la Causa... Por tanto, que les sean desatadas las manos y que vayan al frente. ¡A cada uno su fusil!

Gritó el Secretario con la voz aguda y penetrante:

—No es castigo, es honra, y le doy á usted las gracias, Don Manuel.

Los otros hablaron entre sí muy quedo mientras los desataban. Después del concilio volvió á levantar la voz el Secretario:

—Mis compañeros tampoco lo estiman como castigo, y le dan á usted las gracias.

Hicieron los tres un saludo y marcharon

LA GUERRA CARLISTA

alineados á ocupar su puesto en el frente. Allí, uno de ellos murmuró volviéndose al Cura:

—Le agradecería á usted que no me entregasen el fusil hasta dar vista al enemigo. Señor Don Manuel, tengo setenta años y el hombro derecho roto de una bala. Pero he sido soldado y cazador, y todavía, todavía...

El Cura respondió brevemente:

—Está bien. Que vaya sin fusil.

Se apartó entre unos árboles, y mandó desfilas. Unido á la retaguardia iba por la orilla del camino, meditando, apoyado en su bordón. Era su pensamiento constante el de la guerra. Sentía á su paso nacer el amor y el odio, pero se miraba en el abismo del alma, y veía todas sus acciones iguales, eslabones de una misma cadena. Lo que á unos encendía en amor, á los otros los encendía en odio, y el cabecilla pasaba

GERIFALTES DE ANTAÑO

entre el incendio y el saqueo, anhelando el amanecer de paz para aquellas aldeas húmedas y verdes, que regulaban su vida por la voz de las campanas, al ir al campo, al yantar, al cubrir el fuego de ceniza y llevar á los pesebres el recado de yerba. Era su crueldad como la del viñador que enciende hogueras contra las plagas de su viña. Miraba subir el humo como en un sacrificio, con la serena esperanza de hacer la vendimia en un día del Señor, bajo el oro del sol y la voz de aquellas campanas de cobre antiguo, bien tañadas.

Se acordaba entonces de su iglesia de Hernialde, en lo alto de Hernio, y de su misa al amanecer. Con ternura memoriosa de aldeano, sentía dentro de si ondular los caminos en el amanecer, cuando bajaba á otras aldeas para cantar en las fiestas de los viejos Patronos Glo-

LA GUERRA CARLISTA

riosos: Santiago, San Clemente, San Frutos. La noche serena acrecentaba aquel ensueño, y al pasar bajo los hayedos oscuros, que apenas dejaban ver la luna, toda su alma temblaba y abría las alas en la niebla luminosa de las procesiones, entre el humo del incienso y el oro de las vestiduras. Anhelaba volver á sentir aquella gracia que le hacía amar el presbiterio y su casa frugal y campesina, con el galgo á la puerta y el maíz secando en la solana. La casa vecina de la iglesia y la misa al alba.

El cuervo tenía el benigno volar de una paloma.



IX

En el Crucero de Belda halló el Cabecilla á un confidente que venía cruzando los prados, llenos de amorosa fragancia, bajo la luna. Santa Cruz se apartó mucho de su gente para hablar á solas con aquel hombre, y al emparejarse murmuró las palabras torvas con que recibía á todos los confidentes:

—¿De dónde vienes?

—De Arguiña.

—Puedes empezar. Cuida de no engañarme.

LA GUERRA CARLISTA

—Pues á los guiris no los tengo visto, y nada digo, que tampoco quiero aparentar. Mi vereda ha sido toda por medio del valle dende que salí. Para llegar antes no me detuve siquiera á mirar que estaba todo en sudor, y pasé el río por el vado, que me quedaba la puente á la mano izquierda y no quise ir á buscarla.

El Cura le interrumpió, muy reposada la voz:

—Dí, qué traes.

Saltó el otro con una gran viveza:

—¡Pues que ha muerto de las heridas el Estudiante! Mañana lo entierran.

—¿Tú lo viste?

—Yo lo vi. Toda la casa estaba llena con los gritos de las mujeres y de los mutilados de la partida.

—¿Cuántos hombres?

—En Arguiña habría hoy cerca de los dos-

GERIFALTES DE ANTAÑO

cientos. Se fueron de tarde para ir á juntarse todos con los voluntarios del general Lizárraga.

Nada repuso el cabecilla, que, con la barba en la mano, siguió andando. Cerca de una foz, por donde la gente tenía que desfilar muy despacio, llamó á un voluntario de tierra del Roncal. Era el andarin de la partida, donde todos le llamaban Cepriano Ligero. Se cuadró ante el Cura, sonriendo:

—¿Qué me mandaba, Don Manuel?

Habló muy lento Santa Cruz:

—Vuelve á Otáin, y á los hombres que dejé, me los encaminas á Larraga.

—¿Hay que correr, Don Manuel?

En la voz del voluntario temblaba una risa ingenua. El Cura repuso, poniéndole la mano en el hombro:

LA GUERRA CARLISTA

—Hay que correr, Cepriano... Que sea aquello de llegar tú y ponerse todos al camino.

Y Cepriano exclamó con cierta alegre timidez:

—¿Aventuro que salió otra liebre mucho más grande, Don Manuel?

—¡Mucho más grande!

—¿Se deja lo de Otain?

—Por ahora, sí.

—¡Pues, vamos á correr!

El roncalés se aseguró bajo los dientes las cintas del sombrero, y trepó como un chivo por aquellos cuetos. Santa Cruz permaneció apartado de su gente, con cierto remordimiento por abandonar la empresa de Otain. Pero una ambición más grande le llamaba como llama en la guerra una bandera tremolante. Quería reunir bajo su mando todas las partidas guipuzcoanas, y realizar el sueño que tuvo una mañana inver-

GERIFALTES DE ANTAÑO

niza, al salir con tres hombres de su iglesia de Hernialde. Iba á ser sólo. Haría la guerra á sangre y fuego, con el bello sentimiento de su idea y el odio del enemigo. La guerra que hacen los pueblos, cuando el labrador deja su siembra y su hato el pastor. La guerra santa, que está por cima de la ambición de los reyes, del arte militar y de los grandes capitanes. El Cura sentía dentro de su alma palpitar aquella verdad, que le había sido dada en el retiro de su iglesia, cuando leía historias de griegos y romanos: En las tardes doradas paseando en la solana, y durante las noches largas, bajo el temblor de la vela que se derrama. Ahora aquella verdad era su verdad, la sentía sagrada y sangrienta, toda llena del arcano profético, como las entrañas de una res sacrificada por el vate druida.

Caminando bajo el hayedo del monte, apoya-

LA GUERRA CARLISTA

do en el bordón como un peregrino fatigado, tenía los ojos llenos de lágrimas al recordar la destrucción de las ciudades antiguas que no querían ser esclavas de los grandes Imperios. Le resonaba interiormente la armonía clásica con que narran tantas hazañas Nepote y Salustio. Era un divino són latino, más bello y más grave que el canto llano. Y con el odio por las legiones y las águilas augustanas, como solía decir recordando el lenguaje del púlpito, sentía el entusiasmo por las tribus patriarcales y guerreras de los libres vascones. Soñaba que su huerte fuese el ejemplo de aquéllas, y que saliese de las batallas con sangre en las armas y en los brazos. Llevaba consigo segadores con la hoz, y pastores con hondas, y boyeros con picas. Su alma se comunicaba en el silencio con el alma de todos, sabía cuáles eran los más fuer-

GERIFALTES DE ANTAÑO

tes, cuáles los que se consumían en una llama fervorosa, y los que peleaban ciegos y los que tenían aquel dón antiguo de la astucia. Para gobernarlos y valerse de ellos, los tenía en categorías: Lobos, gatos, raposas, gamos. A uno solo le llamaba el rui señor, porque era un versolari. Jamás hubo capitán que más reuniese el alma colectiva de sus soldados en el alma suya. Era toda la sangre de la raza, llenando el cáliz de aquel cabecilla tonsurado. Y en medio de la marcha, de tiempo en tiempo se detenía y rogaba de quedo, con la fe ardiente de un guerrero antiguo:

—¡Señor, librame de enemigos!





X

Pasada la foz, donde el camino se ensanchaba, emparejó con Miquelo Egoscué. Después de ir á su lado buen espacio, con la mirada esquiva y silencioso, musitó como si saliese de un sueño:

—Miquelo, mañana entierran á Sorotea.

El otro levantó los ojos hasta las estrellas, con serena calma:

—¡Sorotea!... Era un buen partidario. ¡Valiente! Salimos juntos de Larraiz, y tuvimos

LA GUERRA CARLISTA

que pasar el río á nado para llegar al campo carlista. No dejaré de rezar por el bien de su alma.

El Cura adelantóse, sin que mediasen otras palabras, y comenzó á marchar con paso de lobo, recorriendo el flanco de la partida y dando órdenes en voz baja á todos sus tenientes. Llegó hasta las últimas parejas del frente y se detuvo á un lado del camino, en medio de su guardia. Se apoyaba en el bordón como un cabrero que hace desfilar bajo los ojos su rebaño, para contarlos. Al pasar Egoscué, le llamó y retuvo á su lado:

—Hemos de seguir hablando, Miquelo.

Había desfilado toda la banda, y los dos cabecillas quedaban sobre la orilla del camino oyendo cantar los ruiseñores. El Cura se recostó en una piedra, con la cara vuelta al cielo.

GERIFALTES DE ANTAÑO

estrellado. En torno, conversaban despacio los voluntarios de la guardia:

—Hoy ha muerto en Arguiña uno de los buenos.

—No es verdad.

—Lo tiene dicho Don Manuel.

—¡Y hablaban que no eran graves las heridas!

—Mala cura que tuvo.

—¡Era un buen partidario!

—¡Bueno!

—Aún no tenía bien cerrada la barba y podía contarse de los primeros. Para que digan que la muerte no elige.

—¡Vaya, y se prenda de los buenos mozos!

—¡Condición de las viejas, malditas sean!

—Dicen que la gente ha recibido emisarios para que se una al general Lizárraga.

—Lizárraga anda por cerca de Tolosa.

LA GUERRA CARLISTA

Santa Cruz se incorporó en la peña y miró á todos vagoroso y huraño, como si no los reconociera:

—¡Miquelo! ¡Miquelo!

El otro cabecilla, que estaba al pie de un roble, se volvió con arrogancia:

—¡Aquí!

Y salió de la sombra del ramaje al claro de la luna. Santa Cruz se puso en medio de su guardia, de pronto prevenida y muda. Rodaban de la altura algunas piedras desprendidas al paso de los partidarios que cruzaban los puertos. Iban ya muy lejos. Egoscué sintió en torno suyo aquel silencio del monte y concibió un gran recelo. El Cura, con la frente contra el bordón que tenía abrazado, le hablaba sin mirarle:

—Miquelo, un secreto mío lo vendiste al general Lizárraga.

GERIFALTES DE ANTAÑO

—¡Mintió quien lo dijo!

—¿Dónde están los fusiles que enterré en el caserío de Gorostiza?

—Allí estarán, si no fueron por ellos.

El Cura repuso con la voz encalmada:

—Otros irían... Y para fin de traiciones, tienen que acabarse tantos cabecillas, y no quedar más que uno. ¡A ti te lo digo!

Egoscué adivinó de pronto la sima de vértigo y de sombras que cavaba la ambición en el alma del tonsurado, y sintió frío en la raíz de los cabellos. Le increpó dando voces:

—¡Me llamaste á tu lado, y estoy viendo que era un cepo para que cayese, mal clérigo!

Santa Cruz replicó muy frío, sin apartar la frente del bordón:

—Tienes media hora.

Egoscué le clavó los ojos fieros y angustiados,

LA GUERRA CARLISTA

respirando con ansia, sin poder desatar el nudo de la voz. Quiso poner mano á sus armas, pero en el mismo instante, obedientes á una señal, le cercaban los mastines de la guardia y le ponian preso. El Cura levantó su mano, que era como un vellón blanco en la noche azul y serena del monte:

—Llevalle á la foz, y cuatro tiros.

Sin oír los denuestos del otro cabecilla, se echó el palo al hombro y corrió monte arriba para juntarse con sus partidarios. Se veía mandando todas las partidas guipuzcoanas y haciendo la guerra conforme la tradición pedía. No le turbaba el remordimiento. Era su alma una luz clara y firme como piedra de cristal. Sabía la verdad de la guerra y el mezquino dón de la vida. Cuando al ordenar un fusilamiento, en pos de otro fusilamiento, veía palidecer á

GERIFALTES DE ANTAÑO

sus tenientes, recordaba, despreciándolos, el duelo de las mujerucas enlutadas mientras cantaba los responsos en su iglesia de Hernialde. Sentía renacer aquella mística frialdad y aquella paz interior. Consideraba con una delectación áspera, el hilo tan frágil que es la vida, y cómo el aire, y el sol, y el agua, y un gusano, y todas las cosas, pueden romperlo de improviso. Muchas veces, al cruzar ante los prisioneros vendidos y pegados á una tapia, los miraba á hurto y pensaba como si les pagase un tributo:

—También yo caeré algún día con cuatro balas en el pecho.

Y si había inquietud en su conciencia, con aquel pensamiento la soterraba.





XI

Muchas horas después de haberse retirado los últimos voluntarios carlistas, aún permanecía encerrada en el fuerte la guarnición republicana de Otáin. Con recelo de una celada, seguía arma al brazo, avizorando tras los muros aspillerados, puestas atalayas en la torre sin campanas. A media tarde asomaron por la vega algunos jinetes de húsares que venían destacados en patrullas, explorando por el frente y flanco izquierdo, únicos sitios donde los car-

LA GUERRA CARLISTA

listas podían emboscarse para un ataque. La infantería avanzaba por secciones á paso de marcha, metiéndose á veces en las siembras, porque era el camino muy angosto y pedregoso. De pronto se llenó la vega con el són de las cornetas, y otras cornetas respondieron roncas y claras, desde los muros del viejo convento. Cuatro compañías de Africa y cien jinetes, llegaban en socorro de los defensores de Otáin. El Duque de Ordax, ascendido á capitán, mandaba el pelotón de los húsares, y toda la fuerza el coronel Guevara. Se ordenó el alto en la Plaza de los Fueros. De tiempo en tiempo, asomaban corros de chiquillos, que gritan al amparo de una esquina, y escapan corriendo:

—¡Abajo los guiris!

El Duque de Ordax estaba bajo el balcón saledizo de la posada, viendo cómo le herraban

GERIFALTES DE ANTAÑO

el caballo, cuando llegó un soldado que le habló en voz baja:

—¿No podrías darme la boleta de alojamiento para casa de mi abuela?

El Duque se echó á reir:

—¿Temes que sin ella no te admitan?

—¡Naturalmente! Mi abuela me tiene en entredicho, como toda la parentela, y mandará que los criados me pongan á la puerta. Con la boleta le haré comprender que no entro allí como su nieto. ¡Ten compasión, querido Jorge! Mira que me tienen abandonado y necesito conmover el duro bronce de mi abuela para sacarle algún dinero. Con mis padres, no hay que contar. Son cosa perdida.

El Duque de Ordax se negaba con un leve movimiento de cabeza:

—Parecería una burla. Preséntate sin boleta.

LA GUERRA CARLISTA

Lamentó el soldado, que era casi un niño, con los ojos azules, las cejas de oro pálido y la tez lechosa:

—¡No tengo desahogo bastante, Jorge!

—¡Por Dios, Agila!

—No, no lo tengo.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Yo, para atreverme á una cosa, necesito no haberla pensado.

El Duque repitió con mayor seriedad:

—Lo siento, pero no puedo prestarme á esa burla, Agila... Y menos ahora, cuando tu abuela acaba de sufrir un ultraje tan grave de los carlistas. Me dicen que está enferma. Yo iré á visitarla dentro de algunos momentos, apenas sepa el forraje que hay para los caballos. Tú debes hacer lo mismo.

—¡Si fuese grave su enfermedad!

GERIFALTES DE ANTAÑO

—En los viejos, todas las enfermedades son graves.

—Si la sacramentasen, yo entraría muy devoto con el cortejo, hasta el borde de su cama, y le besaría la mano. Entonces puede ser que me perdonase...

El Duque volvió á reir sonoramente:

—¡Hombre, puede ser!

—Un perdón como yo lo necesito. ¡Si no afloja la bolsa, qué consigo con su bendición, querido Jorge! ¿Tú no quieres darme la boleta?

—No.

—¿Resueltamente?

—Resueltamente.

—Pues desesperado, haré un disparate.

—Pues hazlo.

—A la orden, mi capitán.

Agila saludó, alzando á la carrillera del chaco

LA GUERRA CARLISTA

la mano derecha, y se fué dejándola caer de palma y con estruendo sobre el anca del caballo que herraban. Jorge le gritó:

—¡No seas bárbaro!

Y ayudó á contener el caballo, que se alzaba. Comentó el posadero santiguándose, metiéndose los dedos en la faja:

—¡Vaya un mozo!

En la plaza se oía el rasgueo de las guitarras, los soldados encendían fogatas, y en grupos, cogidos de las manos, se acercaban á las mozas que estaban en las puertas, y les proponían armar un baile. Pero las mozas, casi sin oírlos, se entraban esquivas en los zaguanes.



XII

El Duque de Ordax cambió de uniforme en la posada, y después de rizarse los mostachos ante un espejo roto que le presentó su asistente, se dirigió al palacio de Redin. En la antesala halló á un viejo vestido de negro, con la levita salpicada de rapé. Era el mayordomo tan arrugado y consumido, que parecía una momia descubierta en el fondo de alguna alacena polvorienta. Tenía el rosario entre las manos, y rezaba sepultado en un sillón de cuero, frente á